par en par. Y era una luz cortada en ancha faja, blanca, bellísima, que corriendo por el reluciente piso, iba á chocar contra los pies de la cama, subiéndose á ella para descubrir los cobertores revueltos.

Los enamorados no se cansaban de estar abrazados y de besuquearse continuamente. Pero se besaban con cautela, procurando matar el sonido, temerosos de ser oídos por Don Felipe, que dormía en la pieza vecina.

Al fin comprendió Basilio que no era prudente permanecer más tiempo allí.

—Me voy,—dijo á Mundeta;—pero mañana....

Ella se ruborizó. En aquellos momentos la figura de su novio le era antipática. Ciertas palabras, aunque sólo sean pecadoras por la intención con que son dichas, no deben pronunciarse, en algunos casos. Esto no lo sabía Basilio, cuya observación era limitadísima.

—¿Vuelvo mañana?—repitió el mozo, inocente del mal que hacía en su amada esta pregunta.

Y Mundeta, con gesto huraño, apagado su amor momentáneamente, murmuró señalando la ventana:

—¡Vete! ¡Vete!

El tonto de más cerrada inteligencia hubiera comprendido, y Basilio comprendió. El mismo sintióse avergonzado, y sin solicitar el último beso, saltó al jardín, deslizándose á lo largo del muro silenciosamente. La ventana se cerró en seguida.

Seguían el grillo y la rana disputando á gritos, pero su monótona y somnolienta chillería era una prueba más de que todo estaba empotrado en la inconsciencia del sueño.

Hay noches que roncan.

XIV

Las fiestas del «San Cristo Gros», en Villera, son las fiestas más lucidas de todo el año. Los villerenses son aficionados á divertirse y se divierten en grande. Da gusto ver-

los durante sus fiestas favoritas hacer derroche de alegría y dinero, adornando su pueblo con los más bellos primores del regocijo moral y material, con las banderolas y gallardetes que engalanan calles y plazuelas y con las risas y alegres gritos que dan alma á los adornos.

Las viñas y olivares se ven echados al olvido durante los tres días de fiesta del «San Cristo Gros». Nadie se acuerda de que tiene cepas que cuidar ni olivos que podar; sólo se piensa en reír, en beber, en divertirse, y entusiasma ver á todos los villerenses atareados en organizar bailes, cucañas y ceremonias religiosas, quizá con más prisa y ganas que la guarnición de una plaza se prepara, antes del sitio, con fuertes, terraplenes y baterías.

El Pare Benet no tenía, en los días próximos á las trascendentales fiestas, momento de reposo. Veíase siempre cumplimentando á éste y aquél, que en su busca iban para consultarle sobre si la gran ceremonia religiosa tendría que ser amenizada por el armonio ó por una orquesta completa y de mérito, y por si era conveniente mandar á buscar el

párroco de Ventill ó el de Vallbona para que, con el vicario, ayudara el solemne Oficio.

Las más distinguidas damas villerenses, ocupábanse, siempre bajo la acertada dirección del Pare Benet, en bordarle al glorioso Santo Cristo una tohalla nueva de seda y lentejuelas de oro, y un cojín también con riquísimos adornos. Y por tan lógico motivo, veíase el buen cura rodeado constantemente de lindísimas hembras, que le atontaban con sus miraditas cariñosas y con su tentadora proximidad. No obstante, y justo es decirlo, el Pare Benet, haciendo de tripas corazón y cerrando los ojos ante tan encantadoras tentaciones, cumplía como bueno y casto, atendiendo á todas las fieles villerenses con solicitud y corrección exquisitas, no sin pasar por esto la pena negra entre tantas y tan bellas criaturas.

Pilar y Mundeta Martorell y Lola Ramonclá, eran las más asíduas visitantes de la iglesia en los días preliminares de las fiestas, y Lola que, como ya es sabido, era la mejor moza de Villera, traía al cura en tentación contínua. Aquellos ojos de sultana hermosa que la hermana de Perico tenía,

mareaban al Pare Benet hasta producirle vértigos. Y era Lola una picarona cruel. Conocía la debilidad del pobre cura y echaba leña á la hoguera, apartándose prudentemente y gozándose en contemplar como el desdichado padre de almas iba abrasándose á fuego lento.

Las creencias de Lolita no eran muy firmes. La había contagiado el roce de su hermano y miraba á todos los curas con cierta repugnancia invencible. «La abstinencia, pensada, es causa de brutales atropellos. Yo acaso hago mal en mirar á los curas como los miro; pero no puedo remediarlo: les tengo miedo».

Pilar, más desenvuelta, más cruel y menos creyente aun que Lolita, en lo que se refiere á sotanas, tentaba también al demonio, aunque no con tanto éxito como su amiguita. Pilar era graciosa, sin ser bella, y su gracia no poseía la tentación terrible de la hermosura de Lola. Sin embargo, entre las dos volvían lelo al Pare Benet; que llegó á mirarlas con terror verdadero, con pánico grande. Aquellos angelitos eran mucho peores que Lucifer. Al menos, él de Lucifer no se hubiera enamorado.

Mundeta, siempre retraída y apocada lejos de su novio, ni tiraba chinas ni entusiasmaba mucho. El cura, como todos los que la conocían, retratábanla con esta fracesita: «Esta niña no romperá nunca un plato; va para monja».

Otro de los hombres que durante aquellos días veíanse ocupadísimos en Villera, era Ramón Serra, el alcalde, que se dedicaba, junto con Martorell, Huguet, Roca y Carré, á la organización de las fiestas cívicas.

También Perico Ramonclá, en sus frecuentes viajes á Villera, ayudaba con gusto y actividad á los organizadores, demostrando con notables iniciativas lo valioso de su colaboración.

Las relaciones amorosas de Perico y la mujer de Serra se habían entibiado bastante, y no, ciertamente, por culpa de Maneleta. El desvío venía del galán, que en aquellos días demostraba más amor á las próximas fiestas que á su querida. Maneleta rabiaba, tenía celos, celos terribles. ¿Y de quién? De Pilar Martorell, que estaba muy ajena de inspirarlos. Don Paplo Huguet permitióse decir en el Casino que «él podría poco, si

no casaba á Perico con la hija mayor del indiano», y de aquí nacieron los celos de Maneleta, fuertes, pujantes, rebeldes, que le hacían odiar á la «preferida» terriblemente.

Maneleta y Perico tuvieron una escena borrascosa en una de las contadas visitas que Ramonclá hacía á su querida. Viéronse los dos en el Casino, estando ausente Mon, y tras los reproches melosos, propios de las circustancias en que ambos se encontraban por el desvío de Perico, vinieron las quejas enérgicas de ella, rebeldías impulsadas por la pólvora de los celos.

—No me quieres; estoy segura. Tú te has cansado de mí.... No lo niegues. Una no es tonta para comprenderlo.

—¡Quita, mujer! ¡Que no te quiero! ¿Y por qué lo dices?

—Porque lo sé. Tú quieres á otra.

—¿A otra? ¡Qué tontería! Yo sólo te quiero á tí, á nadie más que á tí..... Digo, á no ser que tengas celos de mi hermana.

—No es por este lado por dónde duele. Una no es tonta y sabe ver las cosas claras. Tú quieres á Pilar Martorell.... La quieres; no me vengas con engañifas. Lo sé; me lo han dicho.

Perico se reía con toda el alma. Nunca pensó con amor en Pilar.

—Pues, chica, el que tal cosa te ha dicho debe estar mejor enterado que yo de mis pensamientos.

—Si, sálte ahora con bromitas. ¡Cómo si una no viera lo que sucede! Tú quieres casarte con Pilar porque es rica.... y joven. Nada; como que una ya tiene algunos años de más en la cuenta de la juventud.... ¡Ingrato!

—Mira, monucha; déjate de estas tonterías, que no caen muy bien á una mujr casada. No es verdad lo que te han dicho.... si es que de veras te han dicho que pienso casarme con Pilar; cosa que creo, pues, en Villera, los chismes no se acaban nunca. Pero ten en cuenta que algún día tendré que casarme. Te casaste tú....

—¿Lo ves? ¡Ya te has caído! Tú mismo te descubres. No me quieres.... repito que no que quieres. ¡Ay, qué caro paga una el haber tenido una «debilidad».

—¡Pero, chiquilla!....

—¡Vete! No me digas nada. No vuelvas.

—¿Lo quieres tú así?

—¿No lo digo? ¡Qué claro se ve que tienes ganas de romper! Está bien. ¡Vete! ¡No quiero verte más!

—Eres una tonta.

—Lo era, hijo, lo era, porque creía en tu cariño. Una se fía de palabras....¡Ah! No pienses casarte con Pilar; yo me cuidaré de que fracasen tus proyectos.

—¡Guárdate de decir á nadie!.... Podrán creerlo, y no estoy yo para meterme en líos con Don Felipe.

—¡Vete! ¿No oyes? ¡Vete!

—Ya me voy, chica. ¡Quiera Dios que cuando vuelva se te haya pasado el arre chucho!

—No; si no quiero que vuelvas. A mí no me engañas tú más.

—Bueno; pues adios....¡y que te alivies!

—Adios, buen mozo....¡y no sueñes con musarañas, que al despertar podrías tener un digusto!....¡Que te vaya bien!

Marchóse Perico con poca pena. Se hubiera alegrado mucho de que aquel rompimiento fuera definitivo. Maneleta le causa

ba. Temía, además, un conflicto con Mon y deseaba vivamente la muerte de aquellos amores criminales. «Soy un mal hombre—se decía.—Mon me quiere, es uno de mis mejores amigos, y yo correspondo á su sincera amistad birlándole la esposa. Mi conducta es indigna y....Bien; procuraré terminar de veras con esa mujer».

En cambio, Maneleta se había quedado en su casa rabiando. No lloraba, porque las lágrimas habían reñido tiempo hacía con sus ojos y de ellos vivían divorciadas. Los ojos de Maneleta, llorando, hubieran sido doblemente hermosos. Faltaba en ellos humedad, y sin duda por esto, el fuego sobresalía con mayor fuerza.

Maneleta rabiaba pensando en la ingratitud de su amante y en su sospechada rival. Ella encontraba en Pilar muchos defectos: era fea, horriblemente fea, y además tonta, pero tonta de capirote, porque se las echaba de hermosa sin serlo. ¡Oh, Maneleta sí era hermosa! Podía disputarse el premio con cualquiera otra mujer....con la misma hermana de Perico. Y corriendo al espejo, recreóse en la contemplación de su hermosu-

ra, llegando á olvidar la ingratitud de su amante, que antes la hizo aparecer terriblemente despechada.

Llegaron las fiestas, y el entusiasmo de los villerenses estalló grandioso. Las calles adornadas con follaje y banderolas; colgados en los balcones tapices multicolores, antiguos y nuevos; la banda de música resonando en todas partes de no muy artístico modo, con gran estrépito de bombo y platillos; la chillería andante ensordeciendo con sus chillidos y obtusos cantares, y los cohetes estallando continuamente, para contribuir á la algazara del regocijo «pueblerino», daban á Villera un aspecto desusado, extraordinario, hermoso con sus caracteres de infernal orgía.

Las mujeres estrenaban sus trajes confeccionados con mil apuros en aquellos últimos días, y los hombres, emperifollados también con sus mejores prendas de ropero, discurrían por las calles, llevando en sus rostros impreso el sello del contento que invadía sus corazones.

Los forasteros quo llegaban á Villera eran numerosísimos. Veían unos de la estación

con festivo donaire en la mirada, llevando líos de ropa, cestas y maletas debajo del brazo; llegaban otros en tartanitas de los próximos pueblos, y en las tartanas oscilaban alegremente ramas de olivo y cañas verdes, de largas hojas y alto penacho de felpuda paja, y también veíanse payeses rancios, de los que visten pantalón corto y chaqueta de pana y que hacen á pie sus viajes, con sólo la ayuda de una flexible vara de «flreixa» y la merienda atada en la punta de la vara.

Parábanse en las puertas de sus casas los villerenses, contemplando, curiosos, el desfile de forasteros, saludando á algunos conocidos y esperando los «suyos», porque todos los villerenses tenían forasteros en sus casas durante las trascendentales fiestas del «San Cristo Gros».

Los Ramonclá, además de Perico, tenían á toda una familia de Barcelona, compuesta de un matrimonio viejo, dos hijas jóvenes y bastante bonitas y una criada. Con tal motivo, Dolores, Francisca y Lola andaban atareadísimas en la Masía, improvisando camas, arreglando habitaciones, limpiando suelos, muebles y cristales, y haciendo comi

da para los intrusos, con notable descenso en el número de aves de corral que en la Masía vivían felices y descuidadas, en santa paz, sin participar de la bullanga de los hombres.

También Antón, el «masober», saltando por encima de las disposiciones de la autoridad, que ordenan la veda, iba por bosques y barrancos, cazando todo cuanto al paso encontraba de lo que ofrece un manjar sabroso.

Perico atendía con su exquisita amabilidad á los forasteros, que apenas tenían tiempo de «visitarlo todo», no obstante el ser la villa muy chica. Juan, Basilio y Féliz, menos duchos que Perico en asuntos de etiqueta y amigos de gozar todo el bien de las espléndidas fiestas, andaban por la plaza de Villera, recorriendo la feria puesto por puesto, el Casino, la Casa del Ayuntamiento y los salones de «La Juventud Villerense». En los balcones de estos tres edificios, ondeaban con caprichosos culebreos tres grandes banderas con los colores nacionales.

No podía faltar tampoco al «envelat»,

enorme salón de baile, improvisado en el centro de la plaza y que era el orgullo de los socios de «La Juventud Villerense». El «envelat» no falta nunca en las fiestas de los pueblos de Cataluña; es una costumbre vieja, típica, genuina, hermosa. Sin «envelat», no había fiesta posible. Consiste el «envelat» en una gigantesca tienda de campaña, lujosamente adornada por dentro y que tiene cabida para que puedan bailar unas mil parejas.

Lo socios de «La Juventud Villerense» hicieron aquel año una verdadera «tour de force», presentando un «envelat» hermosísimo. El improvisado salón no tenía tacha. Ricos cortinajes; finísima alfombra; gigantescas arañas de cristal; grandes espejos de clarísima luna y marco dorado; artísticos pebeteros con flores; guirnaldas y «paneaux», con exquisito gusto combinados; hermosa tribuna para los músicos, también adornada con arte; saloncillo de fumar; comedor brillante de lujo y luz, donde se anunciaba servir un «lunch» espléndido..... Todo completo en detalles, todo rico, todo bello.

Los forasteros de los pueblos vecinos mi-

raban el «envelat» de Villera con envidia. Aquel derroche de riqueza no se había visto nunca en la comarca. A cualquiera le entraban ganas de bailar viendo aquel salón con tan ricos tapices y con tan fina alfombra. Para algunos campesinos catalanes, el bailar sobre una alfombra equivale á la mayor de las dichas. La alfombra posee para ellos un atractivo extraño, al que no pueden resistir.

Perico Ramonclá, como hombre que había recorrido mucho mundo, fué el encargado de dirigir el adorno del «envelat», y bien se notaba la dirección del mozo en el arte y fino gusto que en el adorno resaltaban. Todos elogiaban el gran acierto del joven periodista con ditirambos aprendidos en las novelas cursis, é impacientes y hegoístas de aquel lujo pasajero, paseábanse por el salón fanfarronamente, mirándose en los espejos y pensando en las tres noches de baile que les esperaban. Viendo el «envelat», los villerenses no se hubieran cambiado por los hombres más felices de mundo. Acaso ni en París, ni en Londres, ni en Madrid, había salones como aquel. ¡Quiá, no los había!

En el primero de los tres días de fiestas, se celebró el solemne Oficio á gran orquesta, y la iglesia se vió llena á reventar. El Pare Benet dijo la Misa, ayudado por el párroco de Vallbona y por el vicario, luciendo los tres riquísimas casullas blancas, recamadas de oro. En el momento de la Consagración, rompió la orquesta con la Marcha Real, seguida de un estrépito de campanas formidable. Todos los fieles se emocionaron, hasta aquellos mismos cuyos domingueros trajes cosquilleábanles el cuerpo, haciéndoles sudar á chorros.

El sermón, dicho por un fraile capuchino, hizo llorar á muchas mujeres. La elocuencia del fraile era mucha y su palabra melosa, insinuante, pulida, penetraba en los corazones villerenses como agudo bisturí, metiéndoles mañosamente el Santo Amor á lo celestial y encogiéndolos por la emoción dulcísima que saben despertar los oradores sacros. Oían los fieles el panegírico que el elocuente fraile hacía de la Santa Imagen á cuyo honor se celebraban las fiestas, mirando hacia el púlpito á hurtadillas, para ver la mímica del fraile, que era tan notable como su elocuencia.

Terminado el sermón, salieron los endomingados villerenses á la plazoleta de las acacias, y allí se esparramaron, tomando cada quien su camino en grupos más ó menos numerosos. No obstante, la mayoría tomó por la cuesta del Calvario abajo, siguiendo la vieja costumbre dominguera.

Iba Perico Ramonclá acompañando á los forasteros de su casa y dando conversación á todos ellos con amabilidad perfecta. Llamábase el jefe de los invasores de la Masía, Don Rosendo Vila, y era un señor como de cincuenticinco años de edad, obeso, de cara arrebolada, apoplética. Desempeñaba en una fuerte casa comercial de Barcelona, el cargo de tenedor de libros y era hombre hasta tal punto ensemismado en su profesión, que todo lo que no fueran números le parecía tan insulso, tan sin sustancia, que nunca hablaba de nada ni de nada discutía, salvo cuando se le tocaba su punto capital: la teneduría.

Su mujer era una señora flaca, parlachina, terriblemente curiosa y amante de ponerle á todo el mundo defectos, sumamente indiscreta y antipática. Por un capricho del azar, se llamaba Doña Prudencia.

Una de las dos ninas (veinte y veintidos años respectivamente), bastante bonita, aunque en extremo seria, llamábase Lupe, y era algo parecida á su madre en lo de sacar al sol trapitos feos de ajena propiedad. La otra, que tenia por nombre Adela, era alta, muy alta, y casi tan obesa como su padre. Adela era romántica....además de hermosa, porque, dicho sea con toda sinceridad, tenía una cara lindísima.

La criada, fea como una mona y como una mona traviesa, derrochaba la gracia por arrobas en su lenguaje pintoresco y guasón. Había nacido en Andalucía y era algabeña. Llamábase «Soliya», diminutivo andaluz de Soledad; pero enemiga Doña Prudencia de los diminutivos con dos íes de distinta nacionalidad, la llamaba Sola á secas, no sin gran desconsuelo de la pobre muchacha, que afirmaba que lo único que de su tierra se había llevado, era su nombre y su manera de hablar.

Con todos los Vila, la criada inclusive, hablaba Perico al salir de la iglesia, sobre todo con Adela, la romántica, y con Doña Prudencia.